

SALUSTIO.- No quieren volver a saber nada de mí en la oficina.

AMANDA.- ¿Qué te importa, si ya te jubilaron?

SALUSTIO.- Estoy seguro que le entregué esos papeles a Genaro.

AMANDA.- No debes preocuparte por eso, ¡ya no es tu problema!

SALUSTIO.- Treinta y dos años de mi vida dándoles lo mejor, para que al final me digan que ya no quieren saber nada de mí, ¡no es justo!

AMADO.- ¡Qué bueno que ya te saliste de ahí, papá! Esas gentes no supieron valorarte.

SALUSTIO.- No recuerdo que me hayan llamado la atención jamás; y ahora que estoy fuera me gritan así tranquilamente.

LOLIS.- Nos tienes a nosotros, papá.

SALUSTIO.- *(Los ve a todos y suspira.)* Sí los tengo a ustedes.

ROBERTO.- ¿No quiere que le traiga una rebanadita de pastel? *(Haciendo mutis a la cocina.)*

LOLIS.- *(A Roberto.)* ¡Tú cállate! *(Sale Roberto a la cocina.)*

AMANDA.- *(A Salustio.)* No quiero que te me desmorones por culpa de esos malagradecidos; estás con tu familia y aquí todos te queremos. *(Aparte les hace señas a los demás y todos aplauden.)*

TODOS.- ¡Bravo! ¡Arriba papá! ¡Que viva mi viejo! ¡Hurra!

SALUSTIO.- Son muy amables todos.

CARMINA.- *(A Salustio.)* Si quiere movemos los muebles otra vez de lugar.

AMANDA.- *(A Carmina.)* ¿Todavía estás aquí? Te me largas a la cocina; ahorita estamos en reunión familiar y tú no perteneces a nuestra familia.

CARMINA.- Eso es lo que usted cree.

AMANDA.- ¿Qué dices, insolente?

CARMINA.- Desde hace rato que quiero decirles algo y ustedes no me dejan.

AMANDA.- ¿Qué quieres decirnos?

CARMINA.- ¡Agárrense, porque esta es noticia con ganas!

AMADO.- Bueno, ¿pues qué tanto misterio traes tú ahora?

LOLIS.- ¡Ay, de veras que ésta cómo ve telenovelas!

SALUSTIO.- Habla ya, Carmina.

AMANDA.- No le hagan caso, si lo hace nomás para llamar la atención; parece que no la conocen.

CARMINA.- ¿Se acuerdan que hace rato dije que estaba dispuesta a casarme con Amado?

AMADO.- ¡¿Qué?!

CARMINA.- Pues si lo dije es porque ¡estoy esperando un hijo!

TODOS.- ¡¿Qué?! *(Asombro general; Roberto que viene entrado con el pastel en la boca se atraganta, Amado se queda mudo de la impresión.)*

AMANDA.- ¡La mato! ¡Yo la mato! *(Agarra la pistola que había dejado Salustio en la mesita del teléfono y persigue a Carmina, quien corre por toda la sala gritando. Salustio y Lolis tratan de controlar a Amanda, mientras cae el telón.)*

## ACTO II

### Cuadro 1

*Al día siguiente, en escena, Salustio y Amado cambiando los muebles de lugar, Roberto sentado en otro sillón, come pastel.*

SALUSTIO.- Más a la derecha... ¡Ahí está bien!

AMADO.- Te arriesgas demasiado, papá.

SALUSTIO.- No es capricho, hijo; es cuestión de principios. Si dejas a tu madre que se salga con la suya desde ahora, después no me la podré quitar de encima jamás.

AMADO.- Le va a dar el ataque otra vez.

SALUSTIO.- Que aprenda quién manda aquí.

ROBERTO.- *(Con la boca llena.)* Así se habla.

SALUSTIO.- Además, no es por nada, ¿pero no se ven mejor así los muebles?

AMADO.- Pues... la verdad sí.

SALUSTIO.- *(A Amado.)* Ayúdame a mover este otro mueble. *(A Roberto que está en ese mueble sentado.)* ¿Quieres pararte? Ya que no estás ayudando, al menos no estorbes. *(Se para, ellos cambian el mueble, Roberto se vuelve a sentar.)*

SALUSTIO.- Ahora sí, siéntate Amado que tenemos que platicar. *(Ambos se sientan.)* Quiero que me digas exactamente cuáles son tus intenciones con Carmina.

AMADO.- Ninguna; lo hacíamos por pasar el rato.

SALUSTIO.- ¿Y ella sabe que era nada más por eso?

AMADO.- Pues los dos disfrutábamos igual.

ROBERTO.- ¡Ah, qué cuñado tan picudo! ¡Pasa la receta! *(Los dos se le quedan viendo, recriminándole su inoportunidad.)* ¡Perdón!

SALUSTIO.- ¿Le hiciste alguna clase de promesa?

AMADO.- ¿Como cuál?

SALUSTIO.- ¿Le ofreciste matrimonio o algo así?

ROBERTO.- ¡Por favor, suegro! A una sirvienta nunca se le ofrece matrimonio; eso pasa nomás en las telenovelas.

SALUSTIO.- Roberto...

ROBERTO.- Luego sufren mucho, nadie las acepta y todas las critican, ¿para qué hacerles daño?

SALUSTIO.- *(A Roberto.)* ¿Podrías callarte y evitar decir estupideces, aunque sea una sola vez en tu vida?

ROBERTO.- Que no me meta en lo que no me importa, ¿verdad?

SALUSTIO.- ¡Exacto! *(A Amado.)* ¿Y bien?

AMADO.- No, nunca le ofrecí matrimonio.

SALUSTIO.- ¿Y es tuyo ese hijo que espera?

AMADO.- ¿Qué insinúas?

SALUSTIO.- Que si nada más contigo se ha metido.

AMADO.- ¿Crees que...?

SALUSTIO.- Yo no creo nada, simplemente debemos estar seguros. Si ese niño va a ser mi nieto, no lo voy a desamparar, y tú tendrás que responder por él.

ROBERTO.- Le voy a decir a Lolis para que se anime; no queríamos tener familia porque no había con qué mantenerlos; pero ahora que se ofrece esto... *(Lo ven, queriéndolo matar.)* Está bien, ya me voy a callar.

AMADO.- Yo no sé, tenemos tantos años haciéndolo y nunca había pasado nada, yo hasta llegué a pensar que era estéril.

ROBERTO.- ¿Ella o tú? *(Lo miran.)* ¡Era una broma! Bueno, y, ¿no tienes novia por otro lado cuñado?

AMADO.- ¿Qué te importa?

ROBERTO.- Pensaba qué diría si se enterara que andas embarazando por ahí a todas las sirvientas.

AMADO.- Ni tengo novia, ni ando embarazando a todas las sirvientas, fue nomás con Carmina; además no fue mi intención hacerlo.

SALUSTIO.- Hubieras tomado precauciones: preservativos, o ¿qué sé yo? Ahora dime, ¿qué piensas hacer?

AMADO.- No sé, lo más prudente sería llevarla a que abortara.

SALUSTIO.- ¡Jamás lo permitiré! Si ese hijo es tuyo tendrás que afrontar las consecuencias.

AMADO.- ¿Qué quieres decir?

SALUSTIO.- ¡Te casarás con Carmina!

*(Entra Carmina.)*

CARMINA.- ¿De veras?

SALUSTIO.- ¡Carmina! ¿Otra vez escuchando?

CARMINA.- ¿De veras nos vamos a casar?

AMADO.- Estás loca, no quiero ya nada contigo, Carmina.

CARMINA.- Pues te aguantas, porque tu papá ya dijo que nos teníamos que casar.

SALUSTIO.- Si el hijo que esperas es de él.

CARMINA.- *(Nerviosa.)* ¿De quién más podría ser?

SALUSTIO.- Eso nos lo tienes que decir tú.

CARMINA.- *(Llorando.)* ¡Primero se aprovechan de una y luego que ya hicieron su gracia nos mandan a la fregada! *(Al cielo.)* ¡No hay justicia, Señor, ya nadie sigue los mandamientos!

SALUSTIO.- ¡No exageres, ni te hagas la víctima, que tú también hiciste lo tuyo para estar como estás, y nadie te obligó! *(A Amado.)* ¿Verdad?

AMADO.- ¡Yo no! Fue común acuerdo.

CARMINA.- ¿Qué voy a hacer yo por el mundo con un hijo sin padre y sin apellido? Seremos la burla de todos; en la escuela sus compañeritos le dirán: “¿Tú no tienes papá verdad?” Y mi hijo les dirá: “Sí, pero no quiere saber nada de mí”. ¡Qué horrible!

ROBERTO.- Eso yo ya lo vi en una telenovela y con las mismas palabras.

CARMINA.- Pero a mí me salió mejor.

SALUSTIO.- Carmina, vete a tu cuarto y hasta que no llegue la señora discutiremos lo que pasará contigo.

CARMINA.- ¿Por qué mejor no nos casamos de una vez, antes de que llegue la señora? Así le damos la sorpresa.

SALUSTIO.- ¡Vete a tu cuarto!

CARMINA.- Bueno, voy a ir preparando el ajuar, ¿eh? *(Sale.)*

SALUSTIO.- Hay que reconocer que la mujer está decidida a casarse. *(Suena el teléfono, Salustio contesta.)* ¿Bueno? ¡Ah, Genaro! ¿Cómo estás...? que... ¡Ah! ¿Qué no hablas para saludarme? Bueno yo... ¿Qué por qué dije que tú tienes esos papeles? ¡Quién más los puede tener? Por supuesto que yo no, ¿qué ganaría con tenerlos? Genaro, ¿cómo crees que yo sería capaz de...? ¡A mí nunca me han dicho mentiroso y tú no serás el primero! Mi carta de conducta en la empresa es intachable, y no voy a permitir que al final de mi carrera vengas tú a empañar mi trayectoria por un estúpido descuido tuyo, ¿entendiste? ¡No quiero volver a escuchar nada del asunto! ¡Adiós! *(Cuelga.)*

ROBERTO.- ¡Calma suegro, no se altere tanto!

SALUSTIO.- Me da coraje que le quieran encasquetar a uno los errores de los demás.

AMADO.- Bueno, como quiera ya está fuera de eso.

SALUSTIO.- Es que no lo puedo soportar.

ROBERTO.- Peores cosas ha soportado.

AMADO.- Sí, el tenerte a ti como yerno. *(Salustio sonríe.)*

ROBERTO.- Podría ser peor.

AMADO.- ¿Cómo?

ROBERTO.- Podría tener a una sirvienta como nuera. *(Amado le avienta un cojín del sillón; Roberto lo esquiva; le avienta otro, y empiezan una batalla de cojines; entran Lolis y Amanda, traen algunas bolsas del mandado.)*

AMANDA.- ¡Ya llega...! *(Recibe un cojinazo en la cara, deja caer las bolsas.)* ¡Ay! ¿Qué traen?

AMADO.- ¡Mamá!

ROBERTO.- ¡Suegrita!

SALUSTIO.- Amanda.

AMANDA.- Si ya no me quieren en esta casa, ¡díganmelo! pero no me tiren mis cojines.

AMADO.- ¡Fue Roberto!

AMANDA.- ¿Tú fuiste, infeliz? *(Ve los muebles cambiados de lugar.)* ¿Quién cambió mis muebles de lugar?

ROBERTO.- ¡Fueron ellos!

AMANDA.- Me los vuelven a poner como estaban, inmediatamente.

SALUSTIO.- Lo siento, mi vida, pero se quedan como están.

AMANDA.- Debí suponerlo. ¿Tú fuiste el de la idea, verdad?

SALUSTIO.- ¿No se te hace que se ven mejor así?

AMANDA.- ¿Qué sabes tú de decoración?

SALUSTIO.- ¡Nada! Pero sí sé de principios y mis principios me dicen que los muebles deben de estar como yo decida.

AMANDA.- ¿Ah sí? ¿Y qué dicen tus principios de la golpiza que te voy a poner si no me haces caso?

SALUSTIO.- Amanda, no quiero discutir el asunto.

AMANDA.- ¡Yo tampoco, así que los muebles vuelven a su lugar de origen!

ROBERTO.- No le tenga miedo a los cambios, suegrita.

AMANDA.- Mira, Roberto...

LOLIS.- (*A Roberto.*) Despídete, porque ya nos vamos.

AMANDA.- (*A Lolis.*) Tú no vas a ningún lado con este imbécil.

LOLIS.- Pero mamá...

AMANDA.- ¿Y todas las recomendaciones que te venía haciendo en el camino? ¿De nada sirvieron?

LOLIS.- Yo no puedo hacer eso que me pides.

AMANDA.- ¿Ahora te vas a hacer para atrás? ¡Tan decidida que venías!

LOLIS.- Pero no se puede ser tan drástica.

AMANDA.- Cuando el marido te sale como éste, se valen muchas cosas.

ROBERTO.- ¿Qué tanto le dijo usted a mi esposa?

AMANDA.- Si me interesara que lo supieras tú, lo hubiera dicho delante de ti.

ROBERTO.- ¿Usted es la que la mal aconseja?

AMANDA.- ¿Quién eres tú para decir si mis consejos son malos?

ROBERTO.- El esposo de Lolis, y como tal, no voy a permitir...

AMANDA.- Tú no vas a venir a mi casa a prohibirme nada, te largas y la muchacha se queda aquí.

ROBERTO.- Eso lo decidiremos entre ella y yo.

AMANDA.- (*A Lolis.*) Nomás vete con él para que veas.

LOLIS.- Pero, mamá.

ROBERTO.- Vámonos, Lolis.

LOLIS.- Mamá, él es mi esposo.

AMANDA.- Y yo soy tu madre.

SALUSTIO.- (*A Amanda.*) No te metas en la vida de ellos.

AMANDA.- Déjame, Salustio, este no es tu asunto.

SALUSTIO.- ¡También son mis hijos, y puedo opinar lo que se me antoje!

AMANDA.- Tú no sabes nada de asuntos domésticos.

SALUSTIO.- Pero sí puedo defender la privacidad de ellos como matrimonio, y ya no quiero que te andes metiendo en su vida.

AMANDA.- ¿Me estás gritando, Salustio? ¿A mí?

SALUSTIO.- ¡Sí! Estoy gritando porque quiero que todo el mundo se entere que yo también existo; ya me cansé de hablar en voz baja, y por eso los muebles se quedan como están.

AMANDA.- *(A los demás.)* ¿Por qué no nos dejan solos? Su papá se siente mal y tenemos que...

SALUSTIO.- ¡No me siento mal! Quiero que también ellos se enteren que aquí yo soy el jefe de este hogar, y que de ahora en adelante las cosas se van a hacer como yo diga.

AMANDA.- O sea que yo paso a ser un cero a la izquierda.

SALUSTIO.- Pues, a ocupar el lugar que te corresponde.

AMANDA.- ¿Cuál es mi lugar, según tú?

SALUSTIO.- Eres mi esposa, y estás para atenderme a mí.

AMANDA.- ¿Y qué he hecho todos estos años?

SALUSTIO.- Ignorarme.

AMANDA.- Durante treinta y cinco años te he estado guardando y preparando un lugar; para que el día que te jubilaran tuvieras un lugar cómodo donde vivir; y cuando llega ese día, vienes tranquilamente a decirme que no sé manejar mi hogar y que además te ignoro. ¡Eres un desconsiderado! *(Durante el parlamento se le ha ido quebrando la voz, de manera que al terminar suelta un llanto sincero y contenido, cubriéndose la cara; momento embarazoso para todos; Salustio les hace señas a los demás, todos salen hacia las recámaras.)*

SALUSTIO.- ¿Te sirvo una copa?

AMANDA.- No tomo y tú lo sabes.

SALUSTIO.- Pues yo sí me sirvo una. *(Se sirve una copa.)*

AMANDA.- ¡Lo único que me faltaba; que aparte de despreocupado, te me vuelvas alcohólico!

SALUSTIO.- ¡Cuándo dejarás de ser tan exageradita!

AMANDA.- ¡Ah! ¿Ahora soy yo la de todo? No solamente vienes a decirme que soy una inútil y que tengo mal gusto; aparte me sales con que soy una exagerada. ¿Qué más sigue? ¿Me vas a pedir también el divorcio?

SALUSTIO.- Tú y yo ya no estamos para pensar en eso.

AMANDA.- ¡Fregados otros, fíjate! A mí todavía hay quién me chifla cuando voy por la calle.

SALUSTIO.- Ya me imagino lo que te han de chiflar.

AMANDA.- ¡Qué gracioso! ¿Vas a cambiar los muebles de lugar, sí o no?

SALUSTIO.- ¿Sí o no los cambios?

AMANDA.- Me iré a vivir con Lolis, al cabo que ya la estoy convenciendo de que corra al estúpido de Roberto.

SALUSTIO.- ¿Y allá también le vas a cambiar los muebles como a ti te gustan?

AMANDA.- No, porque allá es la casa de ella, así como yo también pensaba que ésta era mi casa.

SALUSTIO.- ¿No podemos llegar a un acuerdo?

AMANDA.- A un acuerdo llegamos hace treinta y cinco años, cuando nos casamos.

SALUSTIO.- Y prometiste estar conmigo en las buenas y en las malas.

AMANDA.- ¡Tú también! Pero ahora me corres.

SALUSTIO.- Yo no te estoy corriendo; tú te quieres ir.

AMANDA.- ¿Cómo quedarme en un lugar donde no se me toma en cuenta?

SALUSTIO.- ¡Yo podría decir lo mismo!

AMANDA.- ¡Claro que yo sí te tomo en cuenta! ¿De dónde crees que vengo? Fui a comprar cosas para ti.

SALUSTIO.- No recuerdo haberte pedido nada.

AMANDA.- Nunca has tenido la necesidad de hacerlo, porque yo siempre he estado al pendiente de que no te falte nada. Por eso ahora que vas a estar en casa todo el día, supuse que necesitarías algunas cosas con qué entretenerte y te compré unos rompecabezas de tres mil piezas; revistas de pasatiempos con muchos crucigramas; barajas para que hagas solitarios; y di el enganche para otra televisión, por si quieres ver algún programa, mientras yo veo mis telenovelas. ¿Y dices que no me preocupo por ti? ¡Eres un ingrato!

SALUSTIO.- Tengo que agradecerte todo eso. Pero, Amanda, entiende: nunca me han gustado los rompecabezas, ni las barajas, ni los crucigramas y tú sabes que yo no veo la televisión.

AMANDA.- ¿Y entonces qué vas a hacer todo el santo día?, ¿cambiarne los muebles de lugar a cada rato?

SALUSTIO.- Escúchame Amanda; con mi jubilación empieza una nueva vida, no solamente para mí, sino para ti, ambos tendremos que cambiar.

AMANDA.- No tengo por qué renegar de toda mi anterior existencia, ni tú tampoco.

SALUSTIO.- Los cambios deben ser drásticos, si no, no funcionan.

AMANDA.- Hoy no fui a la jugada, para acompañarte y que arreglemos entre los dos el problema de Amado.

SALUSTIO.- ¿Y eso qué tiene que ver?

AMANDA.- Que sí estoy cambiando, ¿sabes lo que significa no ir a una jugada? Yo soy de las que más critican a las que faltan.

SALUSTIO.- Es muy amable de tu parte dejar las jugadas por mí.

AMANDA.- ¿Quién te dijo que las voy a dejar? ¡Falté hoy, nada más! y por lo de Amado.

SALUSTIO.- ¿Y yo?

AMANDA.- Creí que tu problema lo resolvería con estas cosas que te compré, pero ya veo que me equivoqué... ¿Qué tipo de lecturas te gustan?

SALUSTIO.- ¿Por qué te empeñas en encontrarme una actividad para mí solo? ¿No podemos emprender algo los dos juntos?

AMANDA.- No creo que te reciban en mis grupos de la jugada, somos puras señoras.

SALUSTIO.- No pensaba en eso.

AMANDA.- ¡Entiende! Yo tengo mi vida resuelta, estoy tratando de ayudarte, porque el problema eres tú.

SALUSTIO.- ¡No! La que tiene el problema eres tú, y tu problema soy yo, ¿qué piensas hacer?

AMANDA.- ¿Me vas a cambiar los muebles de lugar?

SALUSTIO.- ¡No!

AMANDA.- ¿Es tu última palabra?

SALUSTIO.- ¡Sí!

AMANDA.- ¡Entonces me voy!

SALUSTIO.- ¿De veras te interesan tanto los muebles?

AMANDA.- Es que no son mis muebles los que quieres cambiar; es a mí.

SALUSTIO.- ¡Sí!

AMANDA.- ¿Y ya te preguntaste si me interesa cambiar? ¿Crees que no soy feliz con la vida que tanto trabajo me ha costado fabricarme?

SALUSTIO.- Es que yo tengo que cambiar.

AMANDA.- ¿Y por qué quieres cambiar arruinándome mi vida?

SALUSTIO.- ¿Por qué dices eso?

AMANDA.- Ayer no me dejaste dormir la siesta. Anoche preparaste la cena y se te quemó porque no sabes cocinar. Hoy me quisiste sorprender llevándome el desayuno a la cama y se te cayó encima de mis sábanas limpias; me cambias los muebles; no sabes llevar el problema de Lolis y Roberto y mucho menos el de Amado: estás empezando a estorbar...

*(Entra Amado, de su recámara trae un legajo con papeles en su mano.)*

AMADO.- Oye papá, mira estos papeles que encontré en mi recámara. *(Se los da.)*

AMANDA.- ¿Qué son?

SALUSTIO.- *(Asustadísimo.)* ¡Son las facturas y las formas para la declaración de marzo!

AMANDA.- ¿Los papeles que faltaban en la oficina? ¿Y qué hacen aquí?

AMADO.- No sé; estaban en mi cuarto.

AMANDA.- ¿Pero cómo pudieron llegar ahí?

SALUSTIO.- En una ocasión yo los traje a revisar a la casa, pero estaban adentro de mi portafolio.

AMANDA.- ¿Pues no dijiste que se los habías dado a Genaro?

SALUSTIO.- Como después ya no los vi en mi portafolio, pensé que él los había tomado, o que yo se los había dado.

AMANDA.- ¡Ya se te olvidan las cosas, Salustio!

SALUSTIO.- Yo no recuerdo haberlas dejado en el cuarto de Amado.

AMADO.- Tú ni siquiera entras a mi cuarto.

AMANDA.- *(A Amado.)* ¿Y tú no las habías visto antes? ¿Por qué hasta ahora?

AMADO.- Estaban abajo de la cama, buscaba un zapato y...

AMANDA.- ¿Abajo de la cama? ¿Pero, qué hacían ahí?

SALUSTIO.- *(Voltea las hojas.)* ¿Qué es esto que trae escrito acá atrás...? *(Leyendo.)* “Ella no sabía qué hacer, pues el otro hombre la seguía molestando con sus declaraciones amorosas, pero entonces, la insaciable...”

AMANDA.- *(A Amado.)* ¿Tú escribes novelas?

AMADO.- ¡No!

AMANDA.- Esto me huele a Carmina. (*Gritando a la cocina.*)  
¡Carmina!

(*Entra rápido Carmina.*)

CARMINA.- ¿Me llamó?

AMANDA.- ¿Qué sabes tú de esos papeles?

CARMINA.- ¿Yo? ¿Nada?

AMANDA.- ¿Por qué estaban en el cuarto de Amado?

CARMINA.- No sé, yo... ¡A ver! (*Los ve bien, sorprendida y enojada.*) ¿Por qué están leyendo mi diario íntimo, si yo lo tenía escondido abajo de la cama de Amado? (*Le arrebató las hojas a Salustio.*)

SALUSTIO.- ¿Diario íntimo? ¡Estas son las declaraciones de marzo de la oficina! (*Se las arrebató a Carmina.*)

CARMINA.- ¡Es mi diario! ¡Yo me encontré esas hojas en la mesita del teléfono! (*Se las arrebató de nuevo.*)

SALUSTIO.- (*Gritando y arrebatando las hojas.*) ¡Carmina!

CARMINA.- ¡Ay señor, no grite tan feo! Luego si se me sale el producto, usted va a ser el culpable.

AMANDA.- ¡Mejor!

CARMINA.- (*A Amanda.*) ¿Usted tampoco quiere que nazca mi bebé?

AMANDA.- (*Irónica.*) Sí fíjate, si estoy que me muero por ser abuela, y que tú seas la madre de mis nietos.

CARMINA.- ¡Qué linda!

AMANDA.- Te me arreglas porque ahorita mismo te voy a llevar con el doctor.

CARMINA.- ¿A qué?

SALUSTIO.- ¡Ni se te ocurra, Amanda!

AMANDA.- ¿Qué cosa?

SALUSTIO.- ¡No le vas a provocar un legrado a la muchacha!

CARMINA.- ¿Qué es eso?

AMANDA.- ¿Me crees capaz?

CARMINA.- ¿Tiene algo que ver con el sistema que dicen?

SALUSTIO.- ¿Para qué la llevas con el doctor, entonces?

AMANDA.- ¡Qué poco me conoces, Salustio!

SALUSTIO.- No te dejaré salir de aquí hasta que me digas qué pretendes hacer con la muchacha.

AMANDA.- Me dejarás salir de aquí, y lo que vas a batallar para volverme a ver entrar en esta casa.

SALUSTIO.- No me amenes y contéstame. ¿La llevarás a abortar?

CARMINA.- (*Gritando.*) ¡Ay, el sistema me quiere abortar!

SALUSTIO.- Ya di mi palabra que Amado se casa con la muchacha.

CARMINA.- ¡Por fin! (*Corre feliz a abrazar a Amado.*)